

Montesquieu

Charles Louis de Sécondat, barón de Montesquieu (1689-1755) marca como pocos el espíritu cultural, libre y crítico de su tiempo. Retirado de la vida pública en la que ejerció diversos puestos en toda Europa, se dedicó por entero a sus estudios jurídicos y filosóficos. En 1721 publicó sus *Lettres persanes*, novela epistolar en la que realiza una feroz sátira de la vida cortesana de París, y que sirvió de modelo a las *Cartas marruecas* del español José Cadalso. En 1734 editó las *Considérations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence*, donde analiza las causas de la prosperidad y de la ruina del pueblo romano y estudia la necesidad de leyes e instituciones públicas. Pero su obra más importante, desde el punto de vista ideológico y político, es *L'Esprit des Lois*, donde examina y confronta las leyes de varios estados y tiempos y determina su dependencia del momento histórico en que surgen; en esta obra propugna la división de los tres poderes del estado (legislativo, ejecutivo y judicial), y esta división es la base de los estados democráticos modernos.

Lettre XXX

À Paris, le 6 de la lune de Chalval, 1712

Les habitants de Paris sont d'une curiosité qui va jusqu'à l'extravagance. Lorsque j'arrivai, je fus regardé comme si j'avais été envoyé du ciel: vieillards, hommes, femmes, enfants, tous voulaient me voir. Si je sortais, tout le monde se mettait aux fenêtres; si j'étais aux Tuileries, je voyais aussitôt un cercle se former autour de moi; les femmes mêmes faisaient un arc-en-ciel nuancé de mille couleurs, qui m'entourait. Si j'étais aux spectacles, je voyais aussitôt cent lorgnettes dressées contre ma figure: enfin jamais homme n'a tant été vu que moi. Je souriais quelquefois d'entendre des gens qui n'étaient presque jamais sortis de leur chambre, qui disaient entre eux: «Il faut avouer qu'il a l'air bien persan». Chose admirable! Je trouvais de mes portraits partout; je me voyais multiplié dans toutes les boutiques, sur toutes les cheminées, tant on craignait de ne m'avoir pas assez vu.

Tant d'honneurs ne laissent pas d'être à la charge: je ne me croyais pas un homme si curieux et si rare; et quoique j'aie très bonne opinion de moi, je ne me serais jamais imaginé que je dusse troubler le repos d'une grande ville où je n'étais point connu. Cela me fit résoudre à quitter l'habit persan, et à en endosser un à l'européenne, pour voir s'il resterait encore dans ma physionomie quelque chose d'admirable. Cet essai me fit connaître ce que je valais réellement. Libre de tous les ornements étrangers, je me vis apprécié au plus juste. J'eus sujet de me plaindre de mon tailleur, qui m'avait fait perdre en un instant l'attention et l'estime publique; car j'entraî tout à coup dans un néant affreux. Je demeurais quelquefois une heure dans une compagnie sans qu'on m'eût regardé, et qu'on m'eût mis en occasion d'ouvrir la bouche; mais, si quelqu'un par hasard apprenait à la compagnie que j'étais Persan, j'entendais aussitôt autour de moi un bourdonnement: «Ah! ah! monsieur est Persan? C'est une chose bien extraordinaire! Comment peut-on être Persan?»

Los habitantes de París son de una curiosidad que llega hasta la extravagancia. Cuando llegué, me miraban como si fuera un enviado del cielo: viejos, hombres, mujeres, niños, todos querían verme. Si salía, todo el mundo se asomaba a la ventana; si estaba en las Tullerías¹, veía pronto que se formaba un círculo a mi alrededor; las mujeres mismas formaban un arco iris matizado de mil colores que me rodeaba. Si iba a los espectáculos, veía pronto muchos pares de gemelos dirigidos hacia mi cara; en resumen, nunca jamás un hombre ha sido tan mirado como yo. Sonreía a veces al oír a gentes que casi nunca había salido de su cuarto que decían entre ellos: «Hay que reconocer que tiene aspecto de persa». ¡Cosa admirable! Encontraba mis retratos en todas partes: me veía multiplicado en las tiendas, en todas las chimeneas, hasta tal punto temían no haberme visto pasar.

Tantos honores no dejan de ser una carga: no me creía un hombre tan curioso ni tan raro; y aunque tengo muy buena opinión de mí mismo, nunca me hubiera imaginado que debiera turbar la tranquilidad de una gran ciudad en la que no era conocido. Eso me decidió a dejar el vestido persa y a hacerme uno a la europea, para ver si quedaba algo llamativo en mi fisonomía. Esta prueba me hizo conocer lo que realmente valía. Libre de todos los adornos extranjeros, me vi valorado con más justicia. Casi pude quejarme a mi sastre de que me había hecho perder en un instante la atención y la estima pública, pues entré de golpe en la horrible nada. Me quedaba una hora en una reunión sin que me hubieran mirado o me hubieran puesto en la situación de abrir la boca; pero si alguien, por azar, se enteraba de que estaba en compañía de un persa, oía pronto a mi alrededor un murmullo: «¡Ah! ¡Ah! ¿El señor es persa? ¡Es algo extraordinario! ¿Cómo se puede ser persa?»

¹ Tullerías, parque de París, cerca del Louvre.

Carta CXXXVII

Al día siguiente me llevó a otra reunión: “Éstos son los poetas, me dijo, es decir, los autores cuyo oficio es poner trabas al buen sentido y abrumar la razón bajo sus adornos, como se amortajaba antes a las mujeres bajo sus atavíos y sus galas. Vos los conocéis: no son raros entre los orientales, donde el sol, más ardiente, parece calentar las imaginaciones mismas.

”Ahí están los poemas épicos.- ¡Eh! ¿Qué son los poemas épicos? - En verdad, me dijo, nada sé; los expertos dicen que no se han hecho más que dos, y que los demás a los que se da este nombre no lo son en absoluto. Tampoco en esto sé a lo que se refiere. Dicen además que es imposible hacer otros nuevos, y eso es lo más sorprendente.

”Los poetas dramáticos son, en mi opinión, los poetas por excelencia y los maestros en mostrar las pasiones humanas. Los hay de dos clases: los cómicos, que nos conmueven tan dulcemente, y los trágicos, que nos agitan con tanta violencia.

”También están los líricos, que desprecio tanto como estimo a los otros, y que hacen de su arte una armoniosa extravagancia.

”Veamos enseguida a los autores de idilios y églogas, que agradan incluso a la gente de la Corte por la idea que les dan de una cierta tranquilidad de la que carecen, y que les muestran en la condición de los pastores.

”De todos los autores que hemos visto, éstos son los más peligrosos: los que afilan los epigramas, que son como pequeños dardos que provocan una herida profunda e inaccesible a la curación.

”Aquí tenéis las novelas, cuyos autores son una especie de poetas que exageran igualmente el lenguaje del cerebro y el del corazón: pasan su vida buscando la naturaleza y nunca la hallan, y sus héroes son tan extraños como los dragones alados y los hipocentauros.

–He visto, le dije, algunas de sus novelas, y si vos vierais las nuestras, aún estaría más sorprendido. Son muy poco naturales y, además, extremadamente incomodadas por nuestras costumbres. Hacen falta diez años de pasión antes de que un amante haya podido ver tan sólo el rostro de su querida. Sin embargo los autores se esfuerzan en hacer pasar a los lectores en enojosos preliminares. Por tanto, es imposible que los incidentes sean variados. Se recurre a un artificio peor que la herida misma que se quiere curar: me refiero a la fantasía desbordada. Estoy seguro de que no os parecerá bien que una bruja haga salir un ejército de debajo de tierra, o que un héroe, solo, sea capaz de destruir otro ejército de cien mil hombres. Sin embargo ahí están las novelas. Las aventuras frías y siempre repetidas nos hacen languidecer, y los prodigios extravagantes nos marean”.

Preguntas para el comentario

1) *¿A qué obras se refiere el autor cuando afirma que “los expertos dicen que no se han hecho más que dos, y que los demás a los que se da este nombre no lo son en absoluto. [...] Dicen además que es imposible hacer otros nuevos, y eso es lo más sorprendente”?*

2) *Analiza los motivos por los que critica a los autores que cultivan la mayor parte de los géneros literarios. ¿Se manifiesta el espíritu neoclásico de Montesquieu en estas críticas? Si es así, analiza en qué.*

3) *¿Cuál es el género literario preferido por Montesquieu? ¿Crees que en eso también se nota que es un ilustrado?*

Lettre XXXIV

Usbek à Ibben

À Smyrne.

Les femmes de Perse sont plus belles que celles de France; mais celles de France sont plus jolies. Il est difficile de ne point aimer les premières, et de ne se point plaire avec les secondes: les unes sont plus tendres et plus modestes, les autres sont plus gaies et plus enjouées.

Ce qui rend le sang si beau en Perse, c'est la vie réglée que les femmes y mènent: elles ne jouent ni ne veillent, elles ne boivent point de vin, et ne s'exposent presque jamais à l'air. Il faut avouer que le sérail est plutôt fait pour la santé que pour les plaisirs: c'est une vie unie, qui ne pique point; tout s'y ressent de la subordination et du devoir; les plaisirs mêmes y sont graves, et les joies sévères; et on ne les goûte presque jamais que comme des marques d'autorité et de dépendance.

Les hommes mêmes n'ont pas en Perse la même gaieté que les Français: on ne leur voit point cette liberté d'esprit et cet air content que je trouve ici dans tous les états et dans toutes les conditions.

C'est bien pis en Turquie, où l'on pourrait trouver des familles où, de père en fils, personne n'a ri depuis la fondation de la monarchie.

Cette gravité des Asiatiques vient du peu de commerce qu'il y a entre eux: ils ne se voient que lorsqu'ils y sont forcés par la cérémonie; l'amitié, ce doux engagement du coeur, qui fait ici la douceur de la vie, leur est presque inconnue: ils se retirent dans leurs maisons, où ils trouvent toujours une compagnie qui les attend; de manière que chaque famille est, pour ainsi dire, isolée des autres.

Un jour que je m'entretenais là dessus avec un homme de ce pays ci, il me dit: Ce qui me choque le plus de vos moeurs, c'est que vous êtes obligés de vivre avec des esclaves dont le coeur et l'esprit se sentent toujours de la bassesse de leur condition. Ces gens lâches affaiblissent en vous les sentiments de la vertu, que l'on tient de la nature, et ils les ruinent depuis l'enfance qu'ils vous obsèdent.

Car, enfin, défaites vous des préjugés: que peut on attendre de l'éducation qu'on reçoit d'un misérable qui fait consister son honneur à garder les femmes d'un autre, et s'enorgueillit du plus vil emploi qui soit parmi les humains, qui est méprisable par sa fidélité même, qui est la seule de ses vertus, parce qu'il y est porté par envie, par jalousie et par désespoir; qui, brûlant de se venger des deux sexes dont il est le rebut, consent à être tyrannisé par le plus fort, pourvu qu'il puisse désoler le plus faible; qui, tirant de son imperfection, de sa laideur et de sa difformité, tout l'éclat de sa condition, n'est estimé que parce

Las mujeres de Persia son más guapas que las de Francia; pero las de Francia son más bonitas. Es difícil no amar a las primeras y que no te gusten las segundas: unas son más tiernas y modestas, las otras más alegres y joviales.

Lo que vuelve la sangre tan hermosa en Persia es la vida reglada que allí llevan las mujeres: no juegan no trasnochando, no beben vino y casi nunca salen a la calle. Hay que reconocer que el serrallo se ha hecho más para la salud que para los placeres: es una vida unida, que casi no molesta; en él todo se resiente de la subordinación y del deber; los mismos placeres, en él, son graves y las alegrías severas; y casi nunca se los percibe más que como señales de autoridad y de dependencia.

Los hombres mismos no tienen en Persia la misma alegría que los franceses: no se les ve en absoluto esa libertad de espíritu y ese aspecto contento que encuentro aquí en todas las clases y condiciones sociales.

Aún es peor en Turquía, donde podríamos encontrar familias en las que, de padre a hijo, nadie ha reído desde la fundación de la monarquía.

Esta gravedad de los asiáticos viene de la poca relación que hay entre ellos: no se ven entre sí más que cuando son forzados a ello por la ceremonia; la amistad, ese dulce compromiso que hace aquí la vida tan dulce, les es casi desconocida: se retiran a sus casas, donde siempre encuentran una compañía que los espera, de manera que cada familia está, por así decirlo, aislada de las otras.

Un día en que conversaba con un hombre de este país (Turquía) me dijo: lo que más me llama la atención de vuestras costumbres es que estáis obligados a vivir con esclavos cuyo corazón y cuyo espíritu seco manifiestan siempre la bajeza de su condición. Esas gentes cobardes debilitan en vosotros los sentimientos de la virtud, que se tiene por naturaleza, y los arruinan desde la infancia que os obsesionan.

Pues, finalmente, deshaced vuestros prejuicios: ¿Qué puede esperarse de la educación que se recibe de un misérable que hace consistir su honor en guardar las mujeres de otro², y se enorgullece del más vil empleo que hay entre los humanos, que es despreciable por su misma fidelidad, que es la única de sus virtudes, porque es llevado allí por envidia, por celos y por desesperación; que, ardiendo por vengarse de los dos sexos de los que es el residuo, consiente en ser tiranizado por el otro, con tal de desolar al más débil; que, sacando de su imperfección, de su suciedad y de su deformidad todo el ca-

² Se refiere a los eunucos, guardianes de los serrallos o harenes (espacios de la casa donde vivían las mujeres y a las que los hombres tenían prohibido el acceso). Los eunucos eran hombres que habían sido castrados en su infancia.

qu'il est indigne de l'être; qui enfin, rivé pour jamais à la porte où il est attaché, plus dur que les gonds et les verrous qui la tiennent, se vante de cinquante ans de vie dans ce poste indigne, où, chargé de la jalousie de son maître, il a exercé toute sa bassesse?

rácter de su condición, no es estimado más que cuando es indigno de serlo; que, en fin, llevado para siempre a la puerta donde está atado, más duro que los candados y las cadenas que lo sujetan, se vanagloria de sus cincuenta años de vida en este lugar indigno en el que, cargado de los celos de su dueño, ha ejercido toda su bajeza?

Lettre XXXVIII

Rica à Ibben
À Smyrne.

C'est une grande question parmi les hommes de savoir s'il est plus avantageux d'ôter aux femmes la liberté que de la leur laisser. Il me semble qu'il y a bien des raisons pour et contre. Si les Européens disent qu'il n'y a pas de générosité à rendre malheureuses les personnes que l'on aime, nos Asiatiques répondent qu'il y a de la bassesse aux hommes de renoncer à l'empire que la nature leur a donné sur les femmes. Si on leur dit que le grand nombre des femmes enfermées est embarrassant, ils répondent que dix femmes qui obéissent embarrassent moins qu'une qui n'obéit pas. Que s'ils objectent à leur tour que les Européens ne sauraient être heureux avec des femmes qui ne leur sont pas fidèles, on leur répond que cette fidélité qu'ils vantent tant n'empêche pas le dégoût qui suit toujours les passions satisfaites; que nos femmes sont trop à nous; qu'une possession si tranquille ne nous laisse rien à désirer ni à craindre; qu'un peu de coquetterie est un sel qui pique et prévient la corruption. Peut être qu'un homme plus sage que moi serait embarrassé de décider: car, si les Asiatiques font fort bien de chercher des moyens propres à calmer leurs inquiétudes, les Européens font fort bien aussi de n'en point avoir.

Après tout, disent ils, quand nous serions malheureux en qualité de maris, nous trouverions toujours moyen de nous dédommager en qualité d'amants. Pour qu'un homme pût se plaindre avec raison de l'infidélité de sa femme, il faudrait qu'il n'y eût que trois personnes dans le monde; ils seront toujours à but quand il y en aura quatre.

C'est une autre question de savoir si la loi naturelle soumet les femmes aux hommes. Non, me disait l'autre jour un philosophe très galant: la nature n'a jamais dicté une telle loi; l'empire que nous avons sur elles est une véritable tyrannie; elles ne nous l'ont laissé prendre que parce qu'elles ont plus de douceur que nous, et par conséquent, plus d'humanité et de raison: ces avantages, qui devaient sans doute leur donner la supériorité si nous avions été raisonnables, la leur ont fait perdre, parce que nous ne le sommes point.

Or, s'il est vrai que nous n'avons sur les femmes

Es motivo de debate entre los hombres si es mejor dar o quitar la libertad a las mujeres. Me parece que hay tantas razones a favor como en contra. Si los europeos dicen que no hay generosidad en hacer desgraciadas a las personas a las que se ama, nuestros asiáticos responden que es una bajeza en los hombres renunciar al dominio sobre las mujeres que la naturaleza les ha dado. Si se les dice que tener un gran número de mujeres encerradas es un incordio, responden que diez mujeres obedientes incordian menos que una desobediente. Si ellos objetan a su vez que los europeos no sabrían ser felices con mujeres que no les sean fieles, se les responde que esta fidelidad de la que tanto presumen no les impide el disgusto que sigue siempre a las pasiones satisfechas; que nuestras mujeres son "demasiado nuestras"; que una posesión tan tranquila no nos deja nada que desear ni que temer; que un poco de coquetería es una sal que previene la corrupción. Quizá un hombre más bueno que yo vería enojoso decirse: pues, si los asiáticos hacen muy bien en buscar los medios propios para calmar sus inquietudes, los europeos hacen muy bien en no tenerlas.

Después de todo, dicen, cuando fuéramos desgraciados como maridos encontraríamos siempre el medio de desquitarnos como amantes. Para que un hombre pudiera quejarse con razón de la infidelidad de su mujer, haría falta que no hubiera más que tres personas en el mundo; estarían siempre en el blanco si hubiera cuatro.

Otra cuestión es saber si la ley natural somete las mujeres a los hombres. No, me decía el otro día un filósofo muy galante: la naturaleza nunca ha dictado tal ley; el dominio que tenemos sobre ellas es una verdadera tiranía; ellas no sólo nos han dejado que las dominemos porque tienen más dulzura que nosotros, y en consecuencia, más humanidad y más razón: estas ventajas, que deberían sin duda darles la superioridad si nosotros hubiéramos sido razonables, y no se la hemos dado porque no lo somos.

Así pues, si es verdad que no tenemos sobre las mujeres más que un poder tiránico, no es menos cierto que ellas tienen sobre nosotros un poder natu-

qu'un pouvoir tyrannique, il ne l'est pas moins qu'elles ont sur nous un empire naturel, celui de la beauté, à qui rien ne résiste. Le nôtre n'est pas de tous les pays; mais celui de la beauté est universel. Pourquoi aurions nous donc un privilège? Est ce parce que nous sommes les plus forts? Mais c'est une véritable injustice. Nous employons toutes sortes de moyens pour leur abattre le courage; le forces seraient égales, si l'éducation l'était aussi; éprouvons les dans les talents que l'éducation n'a point affaiblis, et nous verrons si nous sommes si forts.

Il faut l'avouer, quoique cela choque nos mœurs: chez les peuples les plus polis, les femmes ont toujours eu de l'autorité sur leurs maris; elle fut établie par une loi chez les Egyptiens en l'honneur d'Isis et chez les Babyloniens en l'honneur de Sémiramis. On disait des Romains qu'ils commandaient à toutes les nations, mais qu'ils obéissaient à leurs femmes. Je ne parle point des Sauromates, qui étaient véritablement dans la servitude du sexe; ils étaient trop barbares pour que leur exemple puisse être cité.

Tu verras, mon cher Ibben, que j'ai pris le goût de ce pays ci, où l'on aime à soutenir des opinions extraordinaires et à réduire tout en paradoxe. Le prophète a décidé la question, et a réglé les droits de l'un et de l'autre sexe. Les femmes, dit il, doivent honorer leurs maris: leurs maris les doivent honorer; mais ils ont l'avantage d'un degré sur elles.

À Paris, le 26 de la lune de Gemmadi 2, 1713

ral, que es el de la belleza, al cual nada se resiste. El nuestro no se da en todos los países, pero el de la belleza es universal. ¿Por qué íbamos nosotros a tener un privilegio? ¿Porque somos más fuertes? Es una verdadera injusticia. Nosotros empleamos toda clase de medios para echar abajo su ánimo; las fuerzas serían iguales si la educación también lo fuera; probémoslas en los talentos que la educación no les ha debilitado, y veremos si somos tan fuertes.

Hay que reconocerlo, aunque choque con nuestras costumbres: entre los pueblos más educados, las mujeres han tenido siempre autoridad sobre sus maridos; fue establecida por una ley entre los egipcios en honor de Isis, y entre los babilonios en honor de Sémiramis. Se dijo de los romanos que dominaban a todas las naciones, pero que obedecían a sus mujeres. No hablo de los sauromátas, que vivían realmente en la servidumbre del sexo; eran demasiado bárbaros para que se pueda citar su ejemplo.

Tú veras, querido Ibben, que le he cogido gusto a esta país, en el que a la gente le gusta mantener opiniones extras y reducirlo todo a la paradoja. El Profeta decidió la cuestión y reguló los derechos de uno y otro sexo. Las mujeres, dice, deben honrar a sus maridos, y sus maridos deben honrarlas a ellas, pero ellos tienen la ventaja de un grado sobre ellas.

París, al día 26 de la luna de Gemmadi 2, año 1713